

TRES SEMANAS, OCHO SEGUNDOS

1989. UN TOUR DE FRANCIA PARA LA HISTORIA

NIGE TASSELL



© Nige Tassell, 2017.

Publicado originalmente en inglés en 2017 por Polaris Publishing Ltd.
La edición española ha sido publicada gracias al acuerdo con Eulama Lit. Ag.

© Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2019.

Bilbao-Galdakao errepidea 10-3

48004 Bilbao

info@librosderuta.com

www.librosderuta.com

Primera edición: julio 2019

Traductor: David Batres Márquez

Edición: Eneko Garate Iturralde

Portada y maquetación: Amagoia Rekeru García

Foto portada: AFP/Getty Images

Foto contraportada: Jean-Yves Ruzsniewski/TempSport/Corbis/VCG vía Getty Images

Fotos interior portada: Jean-Yves Ruzsniewski/Corbis/VCG vía Getty Images

ISBN: 978-84-120188-0-6

Depósito legal: BI-896-2019

Impreso en España por Leitzaran Grafikak

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CON LA VERSIÓN IMPRESA, GRATIS VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO.

Si ha comprado este libro y quiere disponer también del mismo en formato digital, escriba su nombre y apellidos en la primera página con bolígrafo o rotulador. Saque luego una foto de dicha página y envíela a info@librosderuta.com. Una vez recibamos su email con la foto, le enviaremos la versión digital del libro a su dirección de correo electrónico.

En memoria de Pat Williamson

ÍNDICE

PRELUDIO

PRIMER ACTO: LA PRIMERA SEMANA

Capítulo 1: Los contendientes.....	21
Capítulo 2: La resurrección de Lázaro.....	39
Capítulo 3: Una cuestión de puntualidad.....	53
Capítulo 4: Problema doble.....	65
Capítulo 5: El hombre de Monterrey.....	81
Capítulo 6: El expreso americano.....	97
Capítulo 7: La gran evasión.....	113

SEGUNDO ACTO: LA SEGUNDA SEMANA

Capítulo 8: Hombres de la montaña.....	131
Capítulo 9: El peligro amarillo.....	145
Capítulo 10: La defensa del reino.....	161
Capítulo 11: Servicio nacional.....	175

TERCER ACTO: LA SEMANA FINAL

Capítulo 12: El americano de amarillo.....	189
Capítulo 13: Poniendo a mil las calderas del infierno...	205
Capítulo 14: El margen se acrecienta.....	223
Capítulo 15: No hay rendición.....	231

CUARTO ACTO: OCHO SEGUNDOS

Capítulo 16: Ganancias capitales.....	245
Capítulo 17: Media hora para la inmortalidad.....	257
Capítulo 18: Las consecuencias.....	273

BIBLIOGRAFÍA.....	133
-------------------	-----

AGRADECIMIENTOS.....	133
----------------------	-----

Es mejor otorgarle al enemigo mayor
poder del que aparenta

Enrique V, Acto II, Escena IV

PRELUDIO

Antes siquiera de que pudieran verlo sintieron el ruido que hacía el helicóptero.

Un ruido cada vez mayor, cada vez más cercano a cada segundo. El batir de sus palas desbrozaba la paz de la apenas recién nacida mañana, mientras cruzaba el bello cielo azul californiano por encima de un mar de colinas. Ningún sonido podría resultar más dulce para los que estaban en tierra. El sonido de la esperanza.

Su misión era, generalmente, la de patrullar sobre la autopista, vigilando la hora punta de las carreteras que entraban en Sacramento, y aquella había sido una mañana tranquila para la tripulación. Lunes de Pascua. Un día en el que los trabajadores dejaban sus coches en el garaje para relajarse y descansar.

Todo estuvo tranquilo hasta poco antes.

En lugar de atender a algún pequeño accidente de tráfico, la tripulación cambió su rumbo en dirección a una misión mucho más urgente, de la que acababan de tener conocimiento apenas un momento antes a través de la emisora de emergencias. En las primeras estribaciones de la vertiente occidental de las montañas de Sierra Nevada, una madrugadora partida de caza de tres hombres había sufrido un fatal accidente. Uno de los cazadores, vestido de camuflaje y agachado en busca de la protección de un arbusto, se había erguido cuidadosamente para comprobar las posiciones de sus compañeros. Un segundo cazador interpretó por error su movimiento como el que provocaría un pavo salvaje. Al apretar

el gatillo desde una distancia de casi treinta metros, acertó en la espalda y costado de la víctima, dejando alojados en su organismo casi sesenta perdigones. La víctima era su cuñado.

Las luces parpadeantes de varios vehículos de emergencia en tierra guiaron al piloto del helicóptero hacia el lugar correcto. Al tomar tierra, vieron que la víctima se encontraba sobre una camilla, con la camisa desgarrada y un gotero intravenoso inyectado al brazo. Estaba consciente, pero debido a un fallo pulmonar, cada vez le costaba más respirar y hablar. Perdía mucha sangre y necesitaba llegar al quirófano lo antes posible, pero si lo conducían en ambulancia al hospital más cercano, sus posibilidades de sobrevivir quedarían muy limitadas por lo incómodo del terreno. Siendo evacuado por aire no solo se aceleraría el rescate, sino que además podría ser conducido a una unidad médica diferente, la cual, pese a estar más alejada, era mucho más adecuada para el tratamiento de sus heridas. Estaba especializada en heridas por arma de fuego y traumatismos, y se vanagloriaba de contar con un equipo permanente de guardia con el que impedir que las enormes cifras de asesinatos en Sacramento aumentaran.

Una vez que el herido de gravedad fue acomodado a bordo, en cuestión de once minutos el helicóptero se posaba en el helipuerto situado en el techo del Centro Médico Universitario Davis de California. Para entonces, el hospital ya había telefonado a la esposa de la víctima. Se encontraba en casa preparando tortitas para que el hijo de la pareja, de dos años y medio, desayunara. «¿Está muerto?», preguntó. «No, por ahora sigue con vida». Embarazada de ocho meses, se puso en camino sin dilación, con el niño, poco mayor que un bebé, en la parte trasera. La mujer condujo los más de 30 kilómetros que la separaban de Sacramento por unas carreteras, afortunadamente, vacías.

El diagnóstico de los cirujanos confirmó la gravedad de la situación, y el vital papel que jugó la intervención salvadora de la tripulación de la patrulla de carreteras. Si hubieran pasado veinte minutos más la víctima se habría desangrado. Había perdido ya dos litros de sangre, cerca de la mitad de la sangre que contiene el cuerpo humano.

PRELUDIO

La cirugía duró varias horas, en las que el equipo revirtió el colapso pulmonar, además de sanear de perdigones el hígado, los riñones y los intestinos. Pero sacar todos los perdigones era demasiado peligroso. Aquellos que estaban en las capas exteriores del corazón no podían ser saneados sin una cirugía a corazón abierto, por lo que tuvieron que quedarse donde estaban.

La víctima permanecería anestesiada durante las siguientes diez horas, pero le permitieron a su esposa acompañarlo en la sala de reanimación. Lo que vio la dejó impactada. Su marido estaba suspendido sobre la cama mientras le cambiaban las sábanas; por los sesenta agujeros que habían provocado los perdigones seguía goteando sangre, manchando de puntos rojos las blancas sábanas. Más tarde admitiría que «parecía un colador».

Pero no pudo quedarse mucho tiempo a su lado. El estrés causado por el incidente le provocó un amago de parto prematuro; las dolorosas contracciones se sucedían cada dos minutos. Fue conducida a una maternidad situada a unos pocos kilómetros, en la misma ciudad.

Al final, el bebé (segundo de la pareja) no llegaría hasta tres semanas después. Para entonces, la víctima del perdigonazo había sido dada de alta y se encontraba en su casa, aunque apenas podía moverse y bajo grandes dolores; de la cama a la silla y viceversa, muy despacio. Pese a que lo lento del proceso de recuperación enfurecía a este paciente (que podía ser cualquier cosa menos paciente), su determinación aceleró el proceso de curación. Apenas seis semanas después de aquel Lunes de Pascua, seis semanas después de que su cuerpo se viera diezmado por aquella andanada de perdigones, se subió con mucho cuidado a una bicicleta y recorrió cinco kilómetros muy despacio.

En ese momento, seguía siendo el vigente campeón del Tour de Francia.

PRIMER ACTO

LA PRIMERA SEMANA

CAPÍTULO 1

LOS CONTENDIENTES

«La prensa decidió que volvía a ser un producto vendible. En un par de periódicos cambiaron la foto del favorito a la victoria».

Laurent Fignon

Dos años, dos meses y once días después de que la camilla sobre la que estaba Greg LeMond abriera de golpe las puertas de esa sala de emergencias en Sacramento, el americano volvía a la mayor carrera ciclista del mundo. Fue el 1 de julio de 1989, en el prólogo contrarreloj del Tour de Francia, el primer duelo de esa edición de la carrera. También era la primera vez que LeMond volvía al Tour después de su victoria tres años atrás. En esa ocasión lucía radiante bajo el brillo dorado del celebrado maillot amarillo, el primer norteamericano que ganaba un Tour. Sin embargo, en 1989 vestía los colores verde lima e índigo del equipo belga ADR, un equipo que había sido invitado al Tour solo porque el propio LeMond había encontrado un patrocinador adicional a últimísima hora que pudo cubrir la cuota que se exigía a los equipos para participar.

En Luxemburgo, ciudad por la que transcurriría ese prólogo que daba comienzo al Tour, la presencia de LeMond era, de alguna forma, especial. Después de estar cerca de la muerte tras aquel accidente de caza, una apendicitis y una tendinitis le obligaron a perderse los dos Tours siguientes, respectivamente. En ese momento, LeMond no era sino una sombra del ciclista formidable que una vez fue, un hombre que trataba de reconstruir su carrera,

aprendiendo de nuevo su oficio mientras luchaba contra sus demonios, tanto físicos como psicológicos.

De haber estado enrolado en un equipo de mayor presupuesto y calidad que el ADR, puede que alguien más se hubiera tomado en serio su participación. Pero la morralla que completaba la alineación de su equipo, unida a su propio bajo rendimiento durante los dieciocho meses anteriores, hacía pensar a la mayoría que LeMond tomaba la salida como uno más del montón. Una espada roma. El hombre que fue.

Si los ojos de todo Luxemburgo se posaban sobre él era por mórbida curiosidad, más que por considerarlo un hombre con posibilidades de alcanzar el éxito, ni esa tarde ni durante las siguientes tres semanas. Aunque tampoco se lo consideraba un monstruo de feria, las conversaciones de las que era protagonista se centraban en si sería capaz de competir, más que en la posibilidad de que pudiera coronarse campeón de nuevo. Admiraban su bravura. Después de todo, era un hombre que seguía albergando en el interior de su cuerpo, en varios músculos y órganos, más de treinta perdigones, incluidos los dos que seguían en la capa externa de su corazón. Cuando llegó a Luxemburgo consideraba que esos perdigones eran «parte de mi cuerpo ahora, forman parte de quién soy».

Ni en labios de los aficionados, ni en boca de los comentaristas o corredores de apuestas, ni en los planes tácticos de los diferentes directores deportivos del resto de equipos había rastro de su nombre entre las listas de favoritos a la victoria cuando el pelotón llegara a París tres semanas después. Más bien, a ojos de los entendidos y de los apostantes menos arriesgados, el claro favorito era el vigente campeón, Pedro Delgado. Un escalador que emocionaba, cuyo estilo era más explosivo cuanto más pendiente encontraba en la carretera. Su victoria un año antes había sido más que plácida, gracias al margen de siete minutos que obtuvo sobre el segundo, a lo que ayudó la ausencia tanto de LeMond como del vencedor de 1987, el irlandés Stephen Roche.

Sin embargo, el nombre de Delgado aparecía borroso en los libros de historia del Tour.

Después de la decimoséptima etapa del Tour de 1988, el canal de televisión francés *Antenne2* informaba de que Delgado había dado positivo en un control antidopaje. A la mañana siguiente se conocería el nombre de la sustancia por la que había dado positivo: probenecid, un medicamento que se usaba para ayudar a los riñones... o para enmascarar el uso de esteroides anabolizantes. Pero, aunque esta sustancia aparecía en la lista de sustancias prohibidas por el Comité Olímpico Internacional, el órgano directivo del ciclismo, la Unión Ciclista Internacional, no la había declarado aún ilegal. Y el Tour optó por seguir lo que dictaba la UCI. Delgado no tenía acusación ante la que responder, en cuanto a lo que a legalidad se refería.

«Tomé probenecid justo después de la etapa de Alpe d'Huez», explicaría Delgado al periódico deportivo español *As*. «La usamos para ayudar a los riñones a filtrar impurezas. Si tuviera algo que esconder, tendría que haberlo usado todos los días, pero solo apareció en uno de ellos [controles]».

Por mucho que argumentara, las sospechas no se detuvieron, y se vertieron todo tipo de opiniones. Una gran interrogación flotaba sobre la legitimidad de la victoria de Delgado. El ciclista irlandés Paul Kimmage —quien también ejercía como corresponsal para el periódico dublinés *Sunday Tribune*— comparó a Delgado con «ese político al que pillan saliendo del burdel y se excusa diciendo que solo estaba allí pidiendo votos». Pero el español también encontró apoyos. El asunto derivó en una pequeña crisis internacional cuando sus seguidores más leales se manifestaron frente a la embajada francesa en Madrid como protesta por el trato que estaba recibiendo su héroe por parte de los comisarios de la carrera.

En cualquier caso, la controversia persiguió a Delgado hasta llegar al Tour de 1989, debido a los rumores de que su victoria en la Vuelta a España, a mediados de mayo, fue posible gracias a algunas irregularidades. Después de que el colombiano Fabio Parra quedara fuera de la contienda —ambos estaban separados por apenas dos segundos al llegar a las últimas jornadas— un equipo de la televisión colombiana aseguró ver cómo Delgado le entregaba

un sobre al joven ciclista ruso Ivan Ivanov. La caza que llevó a cabo Ivanov sobre Parra en una etapa en particular le había asegurado a Delgado la corona de laurel. El equipo de televisión, armado con pruebas muy poco consistentes, aseguró que el sobre estaba lleno de dinero. Delgado respondería diciendo que durante el transcurso de la carrera se había hecho amigo del ruso, y que lo único que había en el sobre era su dirección en la ciudad cercana de Segovia.

Por muchas ansias que tuviera de desplegar un nuevo alarde de dominio que silenciara –incluso cerrase las bocas– a sus detractores, sobre los hombros de Delgado recaía toda la presión y la expectación del Tour cuando la caravana se encontró en Luxemburgo. Una cosa era ser alguien a tener en cuenta, y otra muy diferente era ser el máximo favorito. «La diferencia era enorme», admite casi treinta años después. Dicho esto, lo cierto es que Delgado –que tomaría la salida en su sexto Tour después de haber terminado en el podio en las dos últimas ediciones– sentía también una gran confianza y seguridad en su estado de forma. «Llegaba en mi mejor momento de forma», sonríe. «Había ganado la Vuelta a España. Había terminado cuarto, a puntito de ganar, en la Lieja-Bastoña-Lieja. Había estado dos meses realizando una concentración en altura y llegué al Tour muy mentalizado. Me sentía muy bien, realmente bien. Hasta el primer día...».

Acabaría siendo un primer día para olvidar, un día a borrar de la historia de la carrera. Pero por ahora, antes del prólogo, en las filas del equipo Reynolds de Delgado reinaba un optimismo controlado. Desde luego, había sido el ciclista del pelotón en mejor estado de forma desde hacía más tiempo. Instalado –por no decir que vivía– en el trono del más claro favoritismo, los otros dos ciclistas más atractivos estaban, ambos, intentando encontrar el camino de regreso. Ambos eran antiguos vencedores del Tour, deseosos porque sus ruedas los llevaran, otra vez, rumbo a la gloria.

Al igual que Greg LeMond, Stephen Roche no tuvo la oportunidad de defender su victoria en el Tour, al no poder tomar la salida en 1988 por culpa de un insidioso problema de rodilla que le llevaba persiguiendo dos años, y que reaparecería mientras duró su carrera profesional. Pero la primera mitad de 1989 había arrojado